



LA MUERTE DE JESUCRISTO.

*Murió Jesús!... gemid, gemid humanos,
Todos en él pusisteis vuestras manos.*

A pesar de la indiferencia de los hombres hay en éstos días un movimiento casi general en toda la cristiandad. La religion nos ha preparado de antemano á las lúgubres ceremonias de esta semana. Aun no hace cuarenta días, amables niños, cuando el mundo todo se entregaba á una alegría profana en las diversiones del Carnaval, ya la iglesia dejaba oír sus gemidos. Cuando los armoniosos sonos de deliciosa música resonaban en el tea-

tro y en los bailes, ya la iglesia se cubría de luto, y cuando las gentes coronaban sus cabezas de hermosas flores y tomaban en su mano la copa del placer, la iglesia vino á deshojar sobre sus cabezas esas efímeras coronas, á romper esas copas encantadoras, y sembrando sobre la frente de cada uno de ellos la ceniza de los muertos, les ha recordado la sentencia terrible que un Dios justamente irritado pronunció contra el primer pecador: *«Acuérdate que eres polvo, y que en polvo te convertirás!»* Desde entonces los ecos del dolor han resonado en las bóvedas de los templos; pero en esta semana, hijos míos, van á resonar con ecos mas lamentables aun, con los tristes acentos que Jeremías el profeta de los grandes dolores suspiró en otro tiempo sobre las ruinas de la infortunada Jerusalén. Nuestro duelo es mas triste que la muerte, porque cuando viene esta inflexible á arrancar á alguno del número de los vivientes, aun se oyen por intervalos los interrumpidos sonos de la campana funeral. Cuán diferente es el luto de esta semana! Los sagrados broncees permanecen mudos en lo alto de las torres cristianas, mudos aun para anunciar como en todo el año tres veces al día al género humano, *que el verbo divino se hizo hombre, y habitó entre nosotros*. Qué espectáculo tan imponente el de todo un pueblo reunido en el templo del Señor! Al ver la débil luz de las hachas combatir vagamente la oscuridad suspendida en las altas bóvedas; al oír los ecos de los cánticos religiosos que se pierden entre las sombras, creeriase uno en aquellos tiempos en que los primitivos fieles oraban al resplandor de las antorchas, y hacían subir desde el fondo de las catacumbas y entrañas de la tierra sus cánticos al Eterno: ó mas bien podría decirse que la multitud religiosa silenciosamente postrada al pié de los monumentos, de los sepulcros del Salvador no se compone sino de una sola inmensa familia, que viene á pasar la noche al lado del cadáver de un padre querido depositado en el féretro. Todas estas señales de dolor profundo, de funeral tristeza, qué significan? Lo sabéis, amables niños, porque en esta semana celebramos el aniversario de la muerte del Salvador de los hombres. Ved por qué en esta semana no os hablarémos de cosas alegres, ni os contarémos cuentos, ni reirémos con vosotros. Os hablarémos del drama mas terrible que vieron los siglos, y os hablarémos con acento triste y sentido, si bien consolador, porque si en la pasión del hombre Dios la humanidad sucumbe, la divinidad triunfa.

Os hemos hablado, amables niños, al contaros la creación del mundo (tomo I, pág. 4) de la primera causa de todas nuestras desgracias. Dios habia criado á nuestros primeros padres para la inmortalidad: les hizo una sola prohibicion; el demonio tuvo celos de la felicidad del género humano: prevaricaron: sa-

crificaron al placer de un instante á todas las generaciones futuras. Cuál debió ser su dolor al ver que por ellos el pecado y la muerte habian entrado en el mundo! Dios se mostró para ellos á la vez el Dios de las venganzas desterrándolos del Paraíso, y el Dios de las misericordias anunciándoles que un día el hijo de la mujer hollaría bajo su planta la cabeza de la serpiente que los habia seducido. En los siglos sucesivos hombres inspirados por el cielo, los profetas anunciaron la venida del prometido Redentor. Jesucristo debía por su muerte destruir el pecado, y así el pecado se encarniza contra él, comienza á hacerle sufrir desde su nacimiento en un pesebre, prolonga sus padecimientos en el desierto, y los termina por una muerte humillante y afrentosa.

Después de haber cenado el Salvador con sus discípulos, é instituido el adorable sacramento de la Eucaristía, dando su propio cuerpo y su propia sangre á sus discípulos, y entre ellos á Judas, que meditaba ya entregarlo á sus enemigos, una disputa se suscita entre ellos sobre cuál debería ser considerado superior. Los reyes de las naciones los mandan como amos, responde Jesus, y los que tienen autoridad sobre ellos toman el título de benéficos; no hagáis vosotros lo mismo, sino el que tenga el primer lugar entre vosotros sea el servidor de los demás. Juntó el ejemplo al precepto lavándoles los pies, y estableciendo así entre ellos la humildad y la caridad.

Si vosotros, amables niños, hubiérais mandado como él á las olas del mar y á las tempestades, hubiérais hecho que el abismo hubiera abierto su terrible boca y que devorase al traidor. Ciertamente que lo hubiera merecido; pero el Salvador quiso enseñar á los hombres con este acto á volver bien por mal.

Después de esta última cena pasó Jesus el torrente Cedron como David lo habia pasado otro tiempo huyendo de un hijo desnaturalizado; subió como él al monte de las Olivas, y entró en un jardín. Aquí es donde verdaderamente comienza la pasión del hombre-Dios. El primer hombre cometió su primera falta, principio de todas las demás, en un jardín de delicias; en un jardín muy diferente vá el nuevo Adán á comenzar la expiación de los pecados del mundo. Aléjase de Pedro, Jacobo y Juan sus apóstoles para orar, encargándoles que estuviesen vigilantes. Jesus se llena de terror al orar á su Eterno Padre. Teme acaso, amables niños, el suplicio que le está reservado? No: él habia dicho antes que deseaba ser bautizado en su sangre. Este terror, esta tristeza se la causan la vista de los desórdenes pasados, presentes y futuros de la humanidad que se presentan todos á la vez delante de él. Vé correr á torrentes la iniquidad.

El pecado se expía, se borra por el dolor del corazón, y el que Cristo siente en aquel momento, corresponde á la grandeza

de todos los crímenes, que se han cometido y cometerán en los siglos. Un sudor de sangre corre gota á gota de su frente á la tierra; su alma está triste hasta la muerte, y si su humanidad no hubiese sido sostenida por su naturaleza divina, Cristo hubiera seguramente sucumbido. Entonces tal vez al contemplar la ingratitud del hombre, que iba á redimir á precio de su sangre, es cuando debió exclamar: *«Padre mio! padre mio!, apartad si es posible este caliz de mí.* Todas las pasiones que tiranizan el corazon del hombre van á atacarle, á levantarse contra él y atormentarle. Mientras que su alma se halla entregada á la mas cruel y violenta agitacion, sus discípulos se dejan vencer por el sueño. Ved aquí, niños míos, la negligencia!

Judas, uno de sus apóstoles que sabia el lugar donde se habia retirado Cristo, vá á buscar á los príncipes de los sacerdotes, á quien las máximas de Jesus habian irritado, y les dice: —«Qué quereis darme?» Prométenle treinta monedas de plata, y Jesucristo es vendido por uno de los suyos, como Josef lo habia sido por sus hermanos. Ved la avaricia y el orgullo reunidos! El hijo de perdicion, tal es el nombre que justamente le dá la Escritura, se adelanta acompañado de soldados armados al encuentro de su divino maestro, y les dice: «Prended aquel á quien yo diere un beso, porque es al que buskais;» y dá un beso á Jesus. Ved la traicion!



Para hacer conocer el hombre Dios á sus enemigos, que voluntariamente se entrega á ellos, se adelanta á su encuentro y les dice:—«A quién buskais?» y cayeron como heridos del rayo al eco de su poderosa voz en el suelo. Simon Pedro, que tenia una espada, echó mano de ella, é hirió á uno de los criados del Pontífice; pero el Señor lo sanó instantáneamente, y mandó á su

discípulo que envainase la espada, porque quería apurar el cáliz de amargura que le destinaba su Padre. Los soldados prendieron entonces á Jesus, le ataron las manos, y todos sus discípulos le abandonaron. Ved la inconstancia! Condujeron los soldados á Jesus al palacio del gran sacerdote, segun el órden de Melquisedec Anás, y despues á casa de Caifás, gran sacerdote segun el órden de Araon. Preguntado por este sobre sus discípulos y su doctrina, Jesus le respondió:—Yo he hablado públicamente á todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se reunen; nada, nada he dicho en secreto, por qué me preguntais á mí? preguntad á los que me han oido. Al decir esto, uno de los oficiales que se hallaban delante le descargó insolentemente un fuerte bofetón, gritando: «Así respondes al Pontífice?» Contestóle el Salvador: «Si he hablado mal, muéstrame en qué; y si bien, por qué me hieres?» Así á la cólera responde el Señor con palabras mesuradas y tranquilas. Falsos testigos resueltos á perderle deponen falsos testimonios contra él. Ved el perjurio y la mentira! Mientras en el tribunal de Caifás hablaban ya de condenar á muerte á Jesus, una criada que divisa á Pedro entre los que se hallaban en el átrio del palacio, dirigiéndose á los que se hallaban presentes: «Este es uno, dice señalando á Pedro; este es uno de sus discípulos.» Pedro asegura tres veces con juramento que no conoce á aquel hombre. Ved el perjurio, las consideraciones y respetos humanos!



Al salir de la casa de Caifás, Jesus arroja sobre Pedro una mirada de compasion, y triunfa así de su infidelidad. Llevado á casa de Pilatos, éste le envia á Herodes, que se alegra de verle, esperando que haga en su presencia algun milagro, de que está dispuesto á no aprovecharse para su salvacion. Ved la vana curiosidad! Herodes lo trata como á un loco, y lo hace conducir

nuevamente á Pilatos, éste le pregunta, se convence de su inocencia, se halla dispuesto á salvarlo. Jesus recompensa la benevolencia que le manifiesta Pilatos por saludables avisos, de que no sabe éste aprovecharse. Pilatos titubea largo tiempo en sacrificar al Salvador; sabia que sino lo sacrificaba, podia de un momento á otro estallar una commocion popular, y que podria ser víctima de ella. Con todo, aun vacila, porque descubre una cosa sobrenatural en el hombre que han conducido á su tribunal. Momento solemne, en que la corte toda celestial, inmóvil en el cielo, mira atentamente el admirable espectáculo que presenta la tierra. El ángel de las recompensas mantiene indeciso en sus manos la corona inmortal, reservada al primer mártir, fluctua incierta de la cabeza de Esteban (1) á la de Pilatos, y el ángel consultaba á Dios. Una voz parte del trono del Altísimo. Maldicion eterna al Gobernador de la Judea! Pilatos condena á Jesus á ser azotado bárbaramente, y lo entrega al escarnio de los soldados que lo golpean brutalmente, le tejen una corona de espinas, y ponen en sus manos por cetro una caña rota, y cubren sus ensangrentadas espaldas con unos harapos de raída púrpura.



(1) El diácono Esteban fué el primer mártir de la religion cristiana; por eso la Iglesia le llama S. Esteban Protomartir.

—*Ved aquí el hombre!* dijo Pilatos al pueblo presentando á Jesus en tan lamentable estado, con ánimo aun de salvarle; pero de todas partes gritaban: *Crucifícale! crucifícale!* En vano Pilatos se lava delante del pueblo las manos, diciendo que es inocente de la sangre del justo; una mancha de sangre quedará impresa sobre su frente durante todos los siglos, mancha indeleble porque es de sangre divina. Ved la culpable política de los grandes del mundo que sacrifica muchas veces la inocencia por conservar los destinos y empleos!



El Gobernador de Judea tiene el derecho de libertar un criminal en celebridad de la Pascua, y dá á los judíos á elegir entre Jesus, cuya inocencia reconoce, y Barrabás, ladrón famoso; y los judíos claman furiosamente: la libertad para Barrabás, la cruz para Jesus! Ved la rabia del populacho, el deseo de muerte!

Entregado al furor popular, los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley le hicieron cargar una pesada cruz, y le condujeron al Gólgota, lugar destinado para la ejecución de los reos. Al marchar al suplicio, el Salvador vuelve los ojos hácia las hijas de Jerusalem: *«no lloreis por mí, les dice, sino por vosotras y por vuestros hijos!»* No se pasará un siglo sin que esta terrible profecía tenga su horroroso cumplimiento. Infeliz Jerusalem! Cuántas veces ha querido reunir tus hijos, como la gallina á sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has logrado! próximo está el tiempo en que tus enemigos, mas rápidos que las

águilas del cielo, van á caer sobre tí: tú has presentado al hijo de Dios para que agote hasta las heces una copa terrible de amargura: la ha agotado, pero no ha roto esta copa terrible: el furor del Altísimo la llenará á su vez para tí, y te embriagará de dolor. Tú lo has coronado de espinas, el Señor te coronará de males: tú le has puesto en tal estado, que es difícil reconocerle por un hombre, y meneando burlescamente la cabeza le has preguntado si se creía aun el Cristo enviado de Dios: tus enemigos menearán también la cabeza, y al ver tus ruinas, tus escombros, y los mutilados restos de tus edificios, se preguntarán si esta ciudad es la que un tiempo fué el orgullo y la gala del mundo!!!

María, á quien el discípulo amado Juan vino á decirle, que Pilatos había altamente proclamado la inocencia de Jesús, condenándole sin embargo á muerte, salió de su retiro acompañada del evangelista San Juan para ver al hijo de sus entrañas cuando le llevaban al suplicio, estrecharle contra su corazón, y darle el último adiós. Un largo reguero de sangre le hizo conocer al llegar, que ya había pasado la fúnebre comitiva. Adelantóse hasta un sitio donde todo lo podía ver. Qué espectáculo para esta pobre madre! Oye los gritos, oye las injurias, oye las blasfemias, vé los verdugos; los unos llevan clavos, los otros cuerdas, y los otros martillos. Busca en medio de ellos á su Jesús, y teme encontrarlo. Lo descubre cargado con su cruz. Oh! qué cambiado está! No es ya el más hermoso de los hijos de los hombres; el dolor había devorado su belleza; es todo una llaga; desde la cabeza á los pies corre la sangre; sino hubiera sido su madre no le hubiera reconocido. Sigue á la multitud furiosa, y de todas partes gritan: *Crucifícale! Crucifícale!*



Llegado al Gólgota rasgan bárbaramente sus vestiduras, déjanle en vergonzosa desnudez, le tienden sobre la Cruz, clavan sus pies y manos destrozando impiamente todos sus miembros, y lo levantan crucificado á los ojos de la desenfrenada muchedumbre.



Su madre estaba allí. Amables niños, vosotros habreis visto algunos que cuando vuestras madres han perdido un hijo querido, han velado cerca de su lecho presentándole con solicitud maternal las medicinas que creían poder prolongar un momento su existencia, y que cuando han espirado han tenido al menos el triste consuelo de abrazarlos. María fué mas desgraciada que todas las Madres: su hijo moribundo hace oír este grito de agonía *tengo sed!...* y no pudo ofrecerle un vaso de agua. Uno de los soldados empapó una esponja con vinagre, y atándola á una vara de hisopo se la arrimó á la boca. Algunos instantes antes que terminase tan dolorosamente su vida mortal el Salvador, descubriendo al pié de la cruz un discípulo, que amaba por la candidez de su alma, acordándose que él era el representante del pecado, y que una madre tan pura como la suya era la única capaz de mediar entre Dios y los pecadores, le dijo: «*Mujer, hé ahí á tu hijo,*» y al discípulo: «*hé ahí á tu madre.*» Jesus en

su abandono no podia recibir ningun consuelo; entonces se quejó de estar abandonado no por su padre, sino por un Dios terrible que lanzaba sus rayos sobre el Calvario, queriendo así darnos una gran leccion de que el pecado merece á la vez el odio de los hombres y la cólera y reprobacion del cielo. Poco tiempo despues saboreaba aun su caliz de amargura: la copa se habia agotado lentamente, habia llegado á las heces mas amargas, y exclamó con una voz fuerte: «**TODO SE HA CONSUMADO!**» Despues arrojando una última mirada de complacencia y de amor sobre la tierra, que acababa de salvar, espiró....



Gemid, gemid humanos,
Todos en él pusisteis vuestras manos!

Cristo murió; pero murió como Sanson, que sepulta á los filisteos en su ruina; ha muerto como Jacob, que cruza sus brazos para bendecir á Efraín y Manasés. Ha muerto: pero subsiste su poder. Muerto detiene aun como Josué el sol en su carrera; empero este gran astro pierde sus rayos, no parece en el cielo sino como un cuerpo muerto que se envuelve en una inmensa mortaja. El velo del templo inútil ya para lo sucesivo se rasga de arriba abajo; chocan entre sí las piedras, y para confundir la

incredulidad se trastorna la naturaleza entera. La muerte que habia creído vencer al hombre Dios, se confiesa ella misma vencida, y le vuelve sus presas. Todo es confusion, los habitantes del otro mundo aparecen en el nuestro; tiembla la tierra dispuesta á caerse, según la espresion de Isafas, como un hombre embriagado. En medio de la oscuridad y la confusion sobrevienen los remordimientos, muchos de los judíos, que habian es-

carnecido la víctima del Gólgotha, golpean con dolor su pecho, y exclaman á su pesar: «*Verdaderamente este era el hijo de Dios*» - Todo está consumado!; las profecías se cumplieron; las figuras quedan esplicadas; la verdad sucede á las sombras; el nuevo Adán ha muerto en el lugar, que se miraba como el lugar de la sepultura del primero; la serpiente quedó vencida. En efecto la habeis visto, amables niños, á la antigua serpiente perseguir al Señor por todas partes. Se desliza en el jardin de las Olivas: se arrastra en los palacios de Anás, de Caifás, de Pilatos y de Herodes. Ois la multitud que ahulla y que blasfema? Es la serpiente que silba. Se enrosca al rededor de la cruz, sube á ella con los verdugos, llega hasta la inscripcion *Jesus Nazareno, Rey de los Judíos*; la ha leído: centellan sus ojos: quisiera arrancarla; pero una fuerza invencible la retiene; el cadáver que hay pendiente en la Cruz en lugar de un olor de corrupcion, exala un olor de divinidad que la sofoca. Baja, y con ella una inmensa cortina de tinieblas cae sobre la tierra porque se ha terminado el mas grande de los dramas, un drama divino.



La serpiente quedó vencida, el Evangelio predicado por todo el mundo, y la antorcha de la Fé brilla á los ojos de todas las naciones, á las que ha llevado la civilizacion y la libertad.

Abramos la historia, y recorramos en sus páginas lo que pa-

saba en el mundo cuando Cristo vino á renovar la faz de la tierra. Salvó nuestras almas, é hizo libre el mundo. Roma pagana extendía hasta las extremidades de la tierra su gloria, su orgullo, su imperio y sus vicios. El mundo debía avergonzarse de ser regido por sus emperadores. Uno de ellos deseaba en su delirio que su pueblo no tuviese mas que un solo cuello, para poderlo cortar de un solo golpe de su segur, y ese pueblo, arastrándose á sus pies, lo reconocía por una divinidad. Otro hacía asesinar su madre, incendiaba para divertirse á Roma, y Roma le levantaba altares. Mas tarde repetía con amor, con entusiasmo los nombres de Tito y de Trajano; y Tito, llamado las delicias del género humano, degollaba tres mil judíos para celebrar la fiesta de su padre; y el español Trajano, gran perseguidor de los cristianos, mandaba diez mil hombres que se matasen, por entretenerle en un simulacro militar. En el reinado de Claudio se repite mas en grande igual atroz espectáculo, y el historiador Tácito refiere, que las tropas al marchar saludaban al César con estas aterradoras palabras: *«Morituri te salutant!»* Los que van á morir te saludan!

En medio de todas estas infamias dominaba la esclavitud mas dura; ni una ligera sombra de libertad. Dos clases solas había en la sociedad, opresores y oprimidos. Opresores que se tiranizaban los unos á los otros: oprimidos y esclavos, de cuya suerte se disponía cual de un vil rebaño. Tal era Roma, tal era el mundo, cuando el Evangelio proclamó la igualdad del hombre, la dignidad del pobre, y la civilizacion. La bandera de la libertad del mundo fué la Cruz, antes signo de oprobio y de infamia. La Cruz fué la vara de Moisés, que ablanda la dureza de Faraon, y le sumerge en las ondas. La Cruz es el árbol que salvó al mundo, que un árbol habia perdido. En vano las potestades de la tierra se ligaron para sostener al mundo en servidumbre, y proscribir la Cruz: la Cruz fué y será plantada sobre los palacios de las potestades de la tierra. Esos discípulos, esos apóstoles que habeis visto tan tímidos, tan cobardes, fueron tan heroicamente á llevarla teñida en su sangre hasta los últimos confines de la tierra. La Cruz ha prendido con hondas raíces en ella, y la vemos brillar en lo alto de las torres, en medio de los caminos y plazas públicas; preside en los tribunales; resplandece en el pecho de los valientes, escapados al peligro de la guerra: forma el mas bello adorno en los cuellos de las hermosas niñas; protege la cabaña del pobre; tiene un lugar distinguido en la casa de los ricos; cubre el sepulcro de nuestros abuelos; y resplandecerá triunfante en el último día del juicio, en manos de la víctima del Gógotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo.

J. MUÑOZ MALDONADO.

HISTORIA SAGRADA.

TOMA DE JERICÓ.

JOSUÉ DETIENE EL SOL.

LA ciudad de Jericó se alzaba protegida por las murallas elevadas que la circundaban; sus puertas cerradas no dejaban entrar ni salir á nadie.

El Señor dijo á Josué:

—Hé puesto en tu poder á Jericó, su rey y todos los habitantes valerosos que en ella se encuentran. Da la vuelta al rededor de la ciudad una vez durante seis dias consecutivos; el sétimo dia los sacerdotes marcharán delante del arca de la alianza, y rodearán la ciudad siete veces tocando sus trompetas.

Entonces, el pueblo entero levantando la voz dará un gran grito; las murallas de la ciudad se desplomarán hasta sus cimientos, y cada uno entrará por el sitio que tenga á su frente.

Verificóse esto así, y el sétimo dia, mientras que los sacerdotes tocaban la trompeta, Josué dijo al pueblo:

—Dad un gran grito, porque el Señor ha puesto en vuestro poder á Jericó! Anatema sobre esta ciudad! Que Usalab sola se salve, porque ella ha ocultado á aquellos que habíamos enviado para reconocer este pais! Guardaos de tomar nada en la ciudad; que todo el oro, la plata, y el bronce y el hierro que encontrareis sea consagrado al Señor.

El pueblo dió entonces un gran grito; las trompetas resonaron, y al punto las murallas de Jericó se desplomaron con estrépito. Los Hebreos entraron en la ciudad, y mataron á cuantos encontraron; hombres, niños, mujeres, ancianos, todos fueron esterminados. Usalab sola se salvó. Despues de esto incendiaron todo lo que no habia sido destruido por el hierro.

Pasado algun tiempo, Josué envió una parte de su gente á convatir contra Haí, que está cerca de Bethaven: sus tropas fueron vencidas.

Josué imploró al Señor, que le dijo que habia querido castigar al pueblo, porque un israelita se habia apoderado de muchos objetos preciosos, con infraccion de sus órdenes.

Achar fué reconocido culpable de haber robado una capa de grana, y unas barras de oro.

Josué hizo conducir el criminal con su familia, sus esclavos, sus ganados, al valle de Azor, y el pueblo de Israel los apedreó en castigo de su crimen.

Satisfecha ya la venganza de Dios, los Hebreos se apoderaron fácilmente de la ciudad de Haí, que destruyeron.

Entonces Josué levantó un altar al Señor, y le ofreció un sacrificio.

El ruido de aquellos triunfos se esparció á lo lejos; los Gabaonitas vinieron á hacer alianza con Israel.

Adonisedec, rey de Jerusalem, habiendo sabido la destruccion de Jericó y de Haí, temió la misma suerte para la ciudad que poseía. Hizo alianza con Oham, Pharam, Japhia y Dabir, reyes de Hebron, de Jerimoth, de Láchis y Eglon.

Se adelantaron entonces hácia la ciudad de Gabaon y la sitiaron. Los habitantes, espantados, enviaron á pedir socorros de Josué, que estaba en el campo, cerca de Gaigala.

El santo varón marchó toda la noche con su ejército, y cayó sobre ellos al despuntar del día. Ellos se espantaron y huyeron al verle, procurando en vano escapar de Israel, que los derrotó.

Entonces Josué, queriendo destruir las ciudades de aquellos reyes impíos, exclamó:

—Detente, sol, contra Gabaon; luna, no te adelantes sobre el valle de Asalon.

Y el sol se paró en medio del cielo, y no se puso durante un dia entero.

Josué regresó al campo con todo Israel. Se le vino á decir que los cinco reyes estaban ocultos en una caverna en la ciudad de Maceda.

Mandó tapar la entrada con grandes piedras para que no pudiesen salir. Luego que el pueblo volvió, despues de haber perseguido á los enemigos, los reyes fueron sacados de la caverna y muertos.

Despues continuando la obra de la esterminacion que habia emprendido, se apoderó de sus ciudades y de todo el pais vecino. Así venció, con los auxilios de Dios, treinta y un reyes.

Entonces el Señor ordenó á Josué que dividiese entre las doce tribus todo el pais que habia conquistado.

Lo hizo de una manera justa y equitativa, y no se suscitó queja alguna contra él.

Largo tiempo despues que el Señor hubo dado la paz á Israel, y sometiéndole todas las naciones vecinas, Josué, hallándose en edad muy abanzada, reunió los ancianos, los príncipes, los jefes, los magistrados, y les dijo:

—Soy viejo; pronto, lo conozco, voy á morir. Todos habeis visto lo que el Señor ha hecho por vosotros; ha combatido vuestros enemigos, y algunas naciones quedan solamente que someter todavía.

Dios las esterminará, y vosotros solos poseereis esta tierra, así como él os lo ha prometido; mas observad con cuidado la ley de Moisés; amad al Señor, y pensad bien que toda vuestra fuerza se desvanecerá si violais la alianza que ha hecho con vosotros.

El pueblo prometió mantenerse fiel al culto del Señor, y juró no adorar otros Dioses sino á él.

Despues de esto, Josué murió de edad de ciento diez años; fué enterrado sobre la montaña de Efraim.

Durante toda su vida, el pueblo de Israel conservó el respeto que debía al Señor; siguió sus leyes y sus preceptos con exactitud; por eso para premiarle su buena conducta, Dios lo hizo entrar en la tierra prometida.

—Así es, niños míos, como aquel que vive en el temor del Señor, y se somete á sus leyes, recibe la recompensa de su virtud; trabajad pues sin descanso en llegar á ser mejores; escuchad los consejos de vuestros padres, huid de los malos ejemplos; abrid vuestros corazones á la práctica del bien, leyendo buenos libros que puedan inspiraros el amor de Dios y el respeto á la religion católica.

Acostumbrándoos desde vuestra juventud á vencer vuestros malos pensamientos, á luchar contra el espíritu del mal que quiere arrastraros al abismo, en donde él espía sus faltas en medio de los mas horribles dolores, os hareis fuertes y poderosos contra él; porque el Señor os sostendrá con su mano protectora. Lo habeis visto; su justicia, su bondad son infinitas, y si castiga el vicio sabe tambien recompensar la virtud.



APOLOGO.

COSROES, rey de Persia, tenía un ministro, del cual estaba contento, persuadido de que le estimaba. Sin embargo, el ministro pidió un día permiso para retirarse, y Cosroes le dijo: «¿por qué quieres dejarme? ¿por qué abandonas al que ha derramado sobre tí el rocío de su beneficencia, haciendo que sus esclavos obedezcan tus órdenes, y fijándote en su memoria, de la cual nunca te apartas?» Mitrane, que así se llamaba el ministro, respondió: «O rey! te he servido con celo, y me has recompensado con generosidad; pero la naturaleza me impone hoy sagrados deberes, y te pido me permitas llenarlos, porque tengo un hijo á quien voy á educar, para que te sirva algun día como yo te he servido.»—Te permito retirarte, dijo Cosroes, pero con una condicion: entre los hombres de bien que me has presentado, ninguno hay que sea tan digno como tú de ilustrar el entendimiento y formar el alma de mi hijo; acaba pues tu carrera con el servicio mayor que puedes hacer á mis súbditos, cual es el de darles un buen rey. Conozco la corrupcion de la corte, y no quiero que un príncipe jóven la respire: llévate á mi hijo, y al mismo tiempo que al tuyo educále en el seno de la inocencia y de la virtud.» Mitrane partió con los dos niños, y al cabo de cinco ó seis años volvió al palacio de Cosroes, quien se alegró de ver á su hijo; pero no le halló igual en mérito al hijo de su antiguo ministro. El virtuoso monarca sintió esta diferencia con profundo dolor, quejándose amargamente á Mitrane. «O rey! le dijo este; si mi hijo se ha aprovechado de mis lecciones mejor que el tuyo, no consiste en que yo haya preferido el uno al otro, sino en que mi hijo sabia que necesita á los hombres, y al tuyo no he podido ocultarle que los hombres le necesitan.»

